

LA CAJITA CUADRADA

POR

CONAN DOYLE

—¿Todos están á bordo? preguntó el capitán.

—Todos, capitán, contestó el marinero.

—Bueno, á sus puestos, para largar.

Eran las nueve de la mañana. El buque, el "Spartiate," en el puerto de Boston, había embarcado pasajeros y mercancías, y estaba listo para zarpar. La campana había dado la última señal y el silbido del vapor anunciaba que todo estaba listo para esa larga travesía de tres mil millas.

Tengo la desgracia de ser nervioso, y una vida sedentaria de intelectual ha contribuido á aumentar en mí el amor á la soledad que, desde mi infancia, se manifestaba claramente. En tanto que me hallaba sobre el puente del transatlántico, yo maldecía dentro de mí la obligación que me llamaba al país de mis antepasados. Los gritos de los marineros, el ruido de las cuerdas, las despedidas de mis compañeros de viaje, los gritos de la muchedumbre, todo eso impresionaba mi naturaleza sensitiva, de una manera desagradable. Me sentía, además, muy triste, presintiendo, sin causa alguna por otra parte, una desgracia ó una catástrofe. El mar estaba tranquilo; soplaba una brisa ligera; nada había que hubiera podido inquietar á marineros experimentados, y sin embargo, yo tenía un peligro, sabiendo, por haberlo verificado muchas veces, que los presentimientos de las personas nerviosas se realizan casi siempre. Ciertos sabios espiritualistas, entre otros, Herr Raumer, no vacilan en afirmar que las personas fuertemente nerviosas, están dotadas de una intuición especial que les permite leer en el porvenir. Ahora bien: Herr Raumer me citaba como un ejemplo notable, en apoyo de esta teoría, diría hasta que como un sujeto de porvenir. De todos mo-

dos, yo me sentía muy desgraciado en medio de los grupos alegres, esparcidos por el puente del "Spartiate," y si yo hubiera podido prever lo que me esperaba pocas horas después, yo hubiera saltado á tierra, aun en el último momento, y hubiera huído del maldito buque.

—Es la hora—dijo el capitán—cerrando su cronómetro y poniéndolo en el bolsillo.

—Sí, es la hora, repitió el segundo.

Un último silbato, y en tierra un atropello de la muchedumbre. El buque largaba las amarras. Un grito salió del puente: dos hombres corrían á toda velocidad hacia el "Spartiate," haciendo gestos desesperados para detener al buque, sin duda alguna.

—Detengan, ordenó el comandante; bueno, arriba. Larguen las amarras.

Y los dos hombres saltaron á bordo en el momento en que se largaba la segunda amarra y en que el silbato desgarraba los aires por la última vez.

Un hurrah de la multitud contestó á las despedidas de los viajeros, se agitaron los pañuelos, y el gran vapor, lento y majestuoso, se puso en marcha, dejando tras sí una estela en medio de la bahía tranquila.

Nuestro viaje de quince días empezaba. Ciertos pasajeros se abrían paso á través de las valijas, en busca de sus camarotes y de sus propios equipajes, en tanto que otros en el salón hacían saltar los corchos del champagne, buscando por medios ficticios ahogar alegremente el pesar de la despedida. Yo procedí á un rápido inventario de mis compañeros de viaje. Representaban los tipos que se encuentran ordinariamente en los viajes; nadie era notable; y sin embargo, yo soy más bien fisicónomista. Yo me apodero moralmente de un hombre, como un botánico de una

flor; luego lo clásico con orden en mi museo de antropología.

En ese buque, ninguna de las personas presentes valía la pena de semejante trabajo; unos veinte jóvenes americanos que iban a pasearse a Europa; algunos matrimonios de edad respetable; algunos pastores; algunos ingleses puritanos: en pocas palabras: toda la "olla podrida" acostumbrada de los buques de comercio. Me alejé de esas personas, sin interés; me di vuelta para admirar las costas americanas que se esfumaban en el horizonte: esta vista, llena de recuerdos para mí, me dió aliento; pero me hizo lamentar aún más el haber dejado mi querido país de adopción.

Valijas y bultos estaban amontonados en un rincón del puente, esperando ser bajados.

Cediendo a mi gusto por la soledad, adopté ese rincón escondido y me senté sobre un montón de cuerdas, dejando correr mi mirada sobre el mar y abandonándome a mis ensueños melancólicos.

Un ligero murmullo detrás de mí me sacó de mi meditación.

—He aquí un rincón tranquilo, decía la voz. Sentémonos y podremos conversar de nuestro asunto con toda seguridad.

Por un ligero espacio entre dos cajones monumentales, vi a los dos pasajeros de pie del otro lado del montón de equipajes; evidentemente ellos no me habían visto. El que había hablado era grande, muy flaco y aparentemente nervioso, con su rostro incoloro y una larga barba muy negra. Su compañero al contrario, era bajo y gordo y parecía hombre vivo y resuelto.

Llevaba sobre el brazo un gran sobretodo y fumaba un grueso cigarro. Ambos miraron a su alrededor, casi para asegurarse que nadie los veía ni los escuchaba.

—El sitio es perfecto, dijo el otro.

Ambos se sentaron sobre un bulto de mercadería, dándose las espaldas; me encontraba, pues, a pesar mío, en la situación de una persona que escucha tras de una puerta.

—Pues bien, Müller, ríjelo el más grande, la hemos embarcado de todos modos.

—Sí, contestó el otro, y está perfectamente guardada.

—Por poco fallamos.

—Es cierto, Flannigan.

—Qué torpeza, si no hubiéramos alcanzado el buque. Todos nuestros proyectos fracasaban.

—Naturalmente.

—Se hubieran ido al agua, es el caso de decirlo, contestó el hombre gordo, arrojando enérgicamente su cigarro.

—Aquí la tengo, contestó el grande, que contestaba al nombre de Müller.

—Déjamelas ver.

—Nadie nos mira?

—No, todo están abajo.

—No son nunca pocas las precauciones para un asunto de tanta importancia, dijo Müller, doblando el sobretodo que llevaba sobre el brazo y descubriendo un objeto que colocó sobre el puente.

Una mirada sobre el objeto en cuestión, me hizo saltar y lanzar un grito de horror; pero, absorbidos como estaban, no notaron ni mi movimiento ni mi grito. Si hubieran vuelto simplemente la cara, me hubieran visto mirándolos con atención profunda.

El principio de la conversación me había llenado de desconfianza, que no podía más que aumentar después de lo que veía.

El objeto en cuestión era una cajita de madera con clavos de cobre; mediría como treinta centímetros cuadrados.

Se hubiera dicho una caja de pistolas; pero parecía más alta. Además, un detalle particular, notado en la tapa, confirmaba mi convicción. Creí reconocer una especie de fusil, al cual se unía una larga cuerda; sobre un costado vi una pequeña abertura en la madera de la tapa.

El grande Flannigan, pegó un ojo contra esta abertura y lo vi, durante algunos minutos, mirar en el interior de la caja con gran atención.

—Parece que todo marcha bien, dijo, levantando la cabeza.

—He tratado de no sacudirla, dijo su compañero.

—Cosas tan delicadas exigen grandes cuidados. Müller, introduzca, pues, lo necesario.

El hombre pequeño buscó un momento en su bolsillo y sacó una bolsita de papel. La abrió tomé un puñado de granos blancos que hizo penetrar en la caja por la abertura. Un ruido singular de resorte se oyó en el interior de la caja, y los dos hombres se miraron sonrientes y con aire satisfecho.

—Todo marcha bien, dijo Flannigan.

—No puede ir mejor, contestó su amigo.

—Vea. ¿Alguien se acerca! Baje la caja a su camarote. No es necesario se suponga la menor cosa, ó lo que sería peor, que se tocara la caja. Bastaría una torpeza para hacerla volar.

—El resultado sería desconsolador.

—¿Qué desastre si algún curioso tocara el gatillo! dijo el grande con una risa siniestra.

—¡Ah! ¿Ve usted las canas que harían? Tengo la pretensión de haber hecho una pequeña obra de arte.

—Es cierto, dijo Müller. Sé que usted lo ha dibujado y lo ha hecho todo usted mismo.

—Perfectamente: el resorte y la puerta son de mi invención.

—Deberíamos sacar la patente.

Y los dos hombres estallaron otra vez en una carcajada seca y desagradable, volviendo a recoger su caja, que cubrieron con el enorme sobretodo de Müller.

—Bajemos y escondámosla en nuestro camarote, dijo Flannigan. No la necesitaremos hasta esta noche, y allí estará segura.

—Entendido, dijo Müller, y bajaron disimulando la cajita misteriosa. Las últimas palabras que yo pude oír de su conversación, fueron la recomendación urgente de Flannigan a Müller de no chocar la caja contra nada.

¿Cuánto tiempo me quedé sentado sobre las cuerdas? No sabría decirlo; el terror que me había causado este diálogo, combinado con los pri-

meros síntomas del mal de mar, me paralizaba por completo. El movimiento acentuado del Atlántico empezaba a impresionar desagradablemente a los pasajeros, y me sentía en un estado de lamentable postración, de que me sacó la voz alegre del contramaestre.

—¿Quiere usted dejarnos sacar los bultos que llenan el puente, caballero? me preguntó muy amablemente.

Esta brusca interpección, hecha por un hombre de rostro alegre, me pareció casi un insulto; si me hubiera sentido más valiente y más fuerte, le hubiera abofeteado; en cambio, lo traté de canalla, lo que pareció sorprenderlo en su grado, y me alejé con dignidad. Ante todo, necesitaba estar solo, a fin de poder reflexionar sobre el crimen horrible premeditado bajo mi vista con una audacia sin par. Al ver al contramaestre pasar por sobre la barandilla del puente, una idea luminosa cruzó mi espíritu; salté también por encima de la barandilla a uno de los botes de salvamento y me tendí en el fondo del mismo. Allí, frente a frente, con el cielo azul, podía hundirme solitariamente en mis tristes ideas y en mi mal de mar.

Cada una de las palabras pronunciadas tan cerca de mí, resonaban todavía en mis oídos y tomaban un significado terrible; el único admisible, por otra parte. Y sin embargo, la razón me decía que no se hubieran atrevido a complotar abiertamente un crimen tan horrible. Por otra parte, no podía tratarse más que de un proyectó infame; todos los detalles lo revelaban, desde el embarco extraño de estos dos pasajeros que al subir a bordo al último momento habían eludido la visita de los equipajes. Ante todo, el nombre de "Flannigan" evocaba la idea de "feminismo," en tanto que el de Müller era un nombre de socialista y de asesino.

Luego, recordando su actitud misteriosa y esta frase: nuestro plan habría fracasado si no hubiéramos alcanzado el vapor; de su temor de ser notados; en fin, de su argumento más concluyente, que parecía ser la cajita cuadrada y de aquella broma macabra sobre el imprudente que tuviera la desgracia de dejarla caer... ¿A qué conclusión podían llevar todos estos detalles, sino a la de que aquellos dos hombres pertenecían a una banda política cualquiera, y que no vacilarían en sacrificar sus vidas, las de todos los pasajeros, el buque entero, en servicio de su causa infame? Los granos blancos, introducidos en la cajita, debían, sin duda alguna, determinar el fuego de la mecha fatal. Yo había oído además, el ruido de un mecanismo que me pareció muy delicado. Pero ¿qué significaba su alusión a esta noche? ¿Tenían realmente la intención de poner en ejecución su proyecto criminal desde el primer día del viaje?

Esta sola idea me llenaba de horror y me hizo olvidar por un instante los trances dolorosos del mal de mar.

Ya he hecho notar que soy cobarde físicamente; lo soy también moralmente, y debo confesar que no he encontrado hombre más miedoso que yo. He conocido a muchas personas

poco enérgicas físicamente, pero que tenían un cierto valor y una fuerza de voluntad notable.

Desgraciadamente, yo no formo parte de ese número, porque yo habría prevenido sencillamente al capitán del complot que se estaba urdiendo a bordo; le habría participado mis temores, confiando en su autoridad y en su juicio. Pero en vista de mi naturaleza tímida, esta idea me repugnaba atrozmente. La idea de llegar a ser el punto de mira de todo el mundo, de ser interrogado por un extraño, ser encarado con los dos conspiradores y ser considerado como un delator; esta sola idea me era odiosa. ¿Quién sabe si por otra parte no me había equivocado? ¿Qué haría yo si se descubría que no existía razón para acusar a dichos individuos? No; mejor era callar, continuando la vigilancia a ambos cómplices, frustrando sus planes como mejor pudiera.

De pronto pensé que, en tanto que yo reflexionaba, una rueta fise del drama se desarrollaba tal vez; mi sobreexcitación nerviosa me había hecho olvidar mi mal de mar, pues pude levantarme y salir del bote. Me hallaba ahora sobre el puente, decidido casi a bajar al entrepuente para vigilar a mis peligrosos vecinos. En momentos en que bajaba lentamente la escalera, agarrándome del barrote de cobre fui sorprendido al recibir un fuerte golpe en las espaldas, que casi me hace caer de cabeza al suelo.

—¿Es usted Hammond? dijo una voz que creí reconocer.

—Dios me perdoné! dije, volviéndome. ¿Cómo, es usted, Dick Merton! Pero... cómo está usted aquí, amigo mío?

Era realmente una suerte, en medio de mi desgracia. Dick era precisamente el hombre que podía prestarme un servicio: bueno como era, desconfiado por naturaleza, pronto a la acción, yo no tendría dificultad alguna en confesarle mis temores y él encontraría, bien pronto, el camino que se debía seguir para llegar al fin. Desde mi primera infancia, en el colegio de Harrou, Dick había sido mi protector y mi consejero. Me conocía a fondo y se dió cuenta inmediatamente de que algo me molestaba.

—Pues bien; me dijo de una manera afable, ¿qué tiene usted, Hammond, para estar tan pálido y destruido? ¿El mal de mar, no es cierto?

—No, absolutamente. Venga usted conmigo, Dick, necesito hablarle; deme el brazo.

Apoyándome en él, volví a encontrar mi equilibrio; pero me costaba trabajo decidirme a hablar.

—¿Un cigarro? me dijo rompiendo el silencio.

—No, gracias, contesté con voz apagada; Dick, amigo mío, esta noche seremos todos cadáveres.

—No es una razón para rechazar un cigarro ahora, me contestó Dick con calma, mirándome fijamente y conociendo que yo había perdido mi buen sentido.

—No es cuestión de broma, continué seriamente. Yo no me bromo, le aseguro a usted. He descubierto un complot infame que destruirá al buque y a todos los pasajeros!

Y empecé a relatarle, como mejor pude, todos

los detalles de la conspiración que yo había sorprendido.

—He ahí todo, Dick, dije luego; ¿qué piensa usted de ello? Ante todo, ¿qué debo hacer?

Con gran sorpresa mía, Dick estalló en una carcajada.

—Si otra persona me hubiera relatado eso, yo esta fa realmente asustado; pero ust d. P Hammond, usted ha tenido siempre la especia oad de descubrir cosas fantásticas. Esto me divierte, volver á encontrar hoy su carácter, tan poco común. ¿Recuerda usted que un día, en el colegio, juraba usted haber visto un espíritu... que no era más que su propia imagen reflejada en un espejo? Razoncemos, ¿quiere? No hay á bordo ningún hombre político; la mayoría de los pasajeros se compone de bucnos americanos pacíficos; y por otra parte, hoy en día los fabricantes de bombas se arreglan de manera le no hallarse entre sus víctimas. Tenga usted la seguridad, querido amigo, que ha tomado usted por una máquina infernal algún aparato fotogrífico ó algo por el estilo.

—No soy tan estúpido, contesté algo picado. Usted sabrá á su costa que yo no he exagerado ni interpretado mal la situación; en cuanto á la coñita, jamás he visto una semejanza. Continúe un mecanismo delicado y puedo afirmarlo por lo que he visto y oído.

—Su imaginación, querido mío, concluirá por hacerlo ver torcidos en lugar de bultos de mercadería, contestó Dick.

—Uno de los hombres se llama Flannigan, continuó.

—Yo creo que toda su argumentación no valdría ante un tribunal, replicó Dick; pero venga usted he concluido mi cigarro. Si hubiéramos de ir á la botella de Burbon; usted me enseñará sus dos Orsini, si es que está hablando en el salón.

Volvimos al salón.

Varios pasajeros estaban reunidos alrededor de la gran mesa central; unos almorzando, otros leyendo ó jugando. Las personas que buscábamos no se hallaban allí.

Salimos del salón y empezamos á inspeccionar todos los camarotes; ningún rasgo de nuestros amigos. "Cielos," pensaba yo, tal vez están escondidos cerca de la máquina, preparando su éxito infernal. Más valía poner la cosa en claro.

—Mavordomo—preguntó Dick—¿hay otros caballeros á bordo?

—Sí, dos en la sala de fumar, contestó el mavordomo.

La sala de fumar era agradable, muy confortable, amueblada con gusto exquisito y situada cerca de la cantina. Abrimos la puerta y entramos.

Lancé un suspiro de alivio. La primera persona que vi fué Flannigan con su rostro cadavérico, su mirada dura y fría. Su compañero sentado al frente de él. Ambos bebían jugando á los naipes. Con un gesto, indiqué á Dick mis dos individuos y nos sentamos con aire perfectamente calmado y suelto. Los conspiradores no parecieron ni sospechar nuestra presencia; yo no

los perdía de vista; parecían sumergidos en su partido de "Napoleón" y yo no podía dejar de admirar la belleza de carácter de estas personas que, á pesar de su terrible secreto, podían fijar su espíritu sobre un vulgar partido de naipes. En un momento dado la suerte favoreció al más chico de los jugadores; el grande arrojó sus naipes con cólera y se negó á seguir jugando.

—No! que me cuelguen si continúo, dijo. Pierdo todo lo que tengo ¡ya basta!

—¿Qué importa? contestó su compañero recogiendo la ganancia. Algunos dólares más ó menos no significan gran cosa después de nuestro trabajo de esta noche.

La audacia de ese bandido me sublevaba; pero yo miraba obstinadamente el cielo raso, vaciando mi copa con toda la calma posible. Yo veía que Flannigan me observaba para leer en mi rostro el efecto producido por su alusión; murmuró al oído de su compañero una frase que no pude oír. Era evidentemente un llamado á la prudencia, porque el otro contestó bruscamamente:

—¿Qué tontería! ¿Por qué no diré lo que me gusta? Precauciones exageradas podrían, muy por el contrario, perjudicarnos.

—Creo, palabra de honor, que sería usted feliz si todo fracasara, dijo Flannigan.

—No lo crea usted, contestó el otro en voz alta. Usted sabe muy bien que cuando yo me largo en un negocio cualquiera, me importa su éxito de una manera absoluta. Pero yo no permito ni á usted ni á nadie, que me den lecciones. Tengo tanto interés como usted, y más si cabe, en que la cosa se logre.

Hablaba rabiosamente y en voz alta, en tanto que las miradas de su compañero iban nerviosamente de Dick Merton á mí. Comprendí que me hallaba en presencia de una persona decidida, lista, al menor gesto imprudente de mi parte, á plantarme un puñal en el corazón; el terror me dió un valor que no hubiera creído tener nunca. En cuanto á Dick, estaba impasible y parecía tan indiferente á la situación, como la esfinge egipcia.

Un silencio mortal reinó un momento en la sala de fumar; solamente se oía el ruido de los naipes que Müller mezclaba nerviosamente antes de ponerlos en su bolsillo. Su rostro parecía contraído, arrojó su cigarro, y mirando á su compañero, se volvió hacia mí.

—¿Podría usted decirme, caballero, cuál es el punto más cercano donde nuestro buque será avistado?

Ambos me miraban fijamente; mi rostro palideció ligeramente, pero quedé lo suficientemente dueño de mí mismo para contestarle con tono firme:

—Creo, caballero, que se le avistará cuando entre en el puerto de Queenstown.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el hombre, riéndose alegremente. Ya sabía que usted me contestaría así.... Flannigan, nada de puntapiés debajo de la mesa, ¿quiere? No me gustan. Sé lo que hago. No tiene usted razón, caballero, añadió, dirigiéndose á mí.

—Tal vez encontraremos algún buque, ¡escribió Dick.

—Tampoco. No han avistado ustedes.

—El tiempo es lindo, dije. ¿Por qué no se nos avistaría á nuestra llegada?

—Yo no he dicho que no se nos avistaría en Queenstown, pero en todo caso se tendrán noticias nuestras mucho antes.

—Desde dónde, entonces? preguntó Dick.

—Puedo asegurarles que una agencia misteriosa y rápida conocerá nuestra situación esta noche, antes de la puesta del sol.

Y empezó de nuevo á reír á carcajadas.

—Sígame y venga sobre el puente, le dijo el compañero. Ha bebido usted demasiado cognac y su lengua está demasiado suelta. Vamos, venga.

Lo tomó del brazo y lo arrastró fuera de la sala de fumar. Los ojos subir la escalera y luego pasearse por el puente.

—¿Pues bien! ¿Qué piensa usted ahora? pregunté á Dick siempre impasible.

—¿Lo que yo pienso? contestó. Pero yo pienso como su compañero, que ha bebido demasiado y que hemos oído las divagaciones de un hombre ebrio. Ese hombre olía á cognac!

—¿Qué tontería, Dick! Usted ha visto que el otro trataba de hacerlo callar.

—Por supuesto; no quería que personas extrañas lo vieran en ese estado. Puede ser que uno sea un loco y el otro su guardián; no sería imposible.

—¿Oh! Dick, Dick! exclamó. ¿Cómo puedo usted estar ciego hasta ese punto? ¿No ve usted, pues, que cada una de sus palabras confirman mis sospechas?

—¿Qué absurdo! amigo mío, me contestó Dick con su calma insoportable. ¿Está usted excitando sus nervios por gusto! ¿Por qué se hace usted un mundo de ese agente misterioso destinado á señalar nuestro paso?

—Pero usted no ha comprendido entonces lo que decían? repliqué tomando á Dick de un brazo. Pre bies. Yo e lo explicaré. Querían decir, sin duda alguna que en un momento dado, se vería en la costa americana una inmensa luz iluminando el océano; no veo otra explicación posible.

—Mi querido Hammond, replicó Dick Merton, no lo crea á usted tan tonto. Si usted busca el sentido de todas las conversaciones de los borrachos, llegará usted á conclusiones aún más extrañas. Imitémoslos, pues, y vámonos á pasearnos por el puente; usted necesita una vida de aire, su hígado está en mal estado, sin duda alguna, y esta travesía le hará mucho bien.

—Si veo el fin, suspiré tristemente, prometo no volver á hacer otra. Pero es casi inútil subir; se está poniendo la mesa; preferiré quedarme, para preparar mi valija en mi camarote.

—Espero que la comida le sentará, contestó Dick.

Luego salió, dejándome sumido en mis amargas reflexiones; algunos instantes después la campana llamaba á los pasajeros al salón.

Es inútil decir que todos estos incidentes no podían despertar mi apetito. Me senté, sin em-

bargo, maquinalmente, á la mesa, y hasta escuché las conversaciones de mis vecinos. Eran unos años ciento cincuenta pasajeros de primera clase, de todos los países. En el primer momento, el salón del vapor daba la idea de una verdadera torre de Babel. Me hallaba entre una vieja señora monumental, muy nerviosa, y un joven pastor, muy elegante; pero como ninguno de ellos iniciara la conversación, me retraje y pasé mi tiempo estudiando á mis compañeros de á bordo. Podía ver á Dick, que hacía honor á su derecha á una joven señora. El capitán Dover presidía de un lado, en tanto que el médico de á bordo, sentado al frente, presidía la otra extremidad de la mesa. Comprobé con verdadera satisfacción que habían sentado á Flannigan casi en frente de mí; saqué la conclusión de que, durante la comida por lo menos, estábamos al seguro de todo peligro procedente de este personaje. Una mueca horrible contraía aquel rostro antipático; noté además, que había bebido mucho, tanto que al concluir la comida, su voz estaba enronquecida. En cuanto á su amigo Müller, sentado algo más lejos, parecía estar nervioso, agitado y apenas comía.

—Y ahora, señoras, dijo nuestro amable capitán, espero que ustedes se consideren todas como en su casa. á bordo de mi buque. Otro tanto digo á los caballeros. Mavordomo, traiga champagne y bebamos á nuestra ruidosa travesía. Espero que nuestros amigos sabrán nuestro feliz arribo al puerto dentro de ocho días, de nueve cuando más.

Yo levanté los ojos y por más rápida que fué la mirada cambiada entre Flannigan y Müller, la sorprendí al vuelo. Una sonrisa perversa contraía los labios delgados de Flannigan.

La conversación continuó; se habló del mar, de política, de religión, de diversiones, se agotaron todos estos temas; yo estaba silencioso, pero muy atento. Buscaba el medio de poner en discusión el tema que perseguía mi espíritu: haciéndolo de una manera discreta, podría despertar algunas sospechas en el espíritu del capitán y observar sobre el rostro de los conspiradores el efecto de mis palabras.

La conversación se detuvo un momento. Todos los temas parecían estar agotados; la ocasión era, pues, propicia.

—¿Puedo preguntarle, capitán, lo que usted piensa en los manifiestos de los fenianos? dije inclinandome algo hacia adelante, hablando fuertemente y claro.

El rostro alegre del capitán se oscureció.

—Representan un tejido de amenazas estúpidas, replicó; tan absurdas como perversas....

—La obra de una camarilla de canallas anónimos, añadió un viejo caballero solemne.

—¿Oh! capitán, exclamó mi gruesa vecina; no lo cree usted capaces de hacer volar un buque?

—Estoy persuadido que lo harían si pudiéramos, pero en todo caso no harían volar el mío.

—¿Puedo preguntar cuáles son las precauciones adoptadas contra semejantes peligros? preguntó otro señor anciano.

—Todos los bultos enviados á bordo son exa-